

Me gustaría empezar compartiendo con vosotros el alivio que supone para todos estar aquí juntos con las pruebas de la EvAU ya realizadas. Esto es una novedad en esta ceremonia de graduación y la sensación es realmente agradable. Ahora solo cabe esperar que los resultados sean lo suficientemente buenos como para que la alegría sea plena. Y si en algunos casos no es así, tampoco pasa nada. Eso no impedirá que este momento sea irrepetible en nuestras vidas, así que procuremos disfrutar de él.

Pero no solo eso es distinto este año. Hay otras muchas cosas que convierten este acto en especial: vuestras familias no han podido acompañarnos, no nos vemos los rostros y una distancia que ya empieza a ser más simbólica que real nos mantiene en una relativa alerta. Y es que, tenemos que reconocerlo, ¡qué duro es tener 16, 17 o 18 años, estudiar Bachillerato y vivir envueltos en la vorágine de una pandemia mundial! ¿O no?

Diréis que hay mucha gente que lo ha pasado peor. Es cierto. Y lejos de mi intención minusvalorar el dolor de tantas personas, muchas de ellas muy cercanas; pero en estos momentos sois vosotros los protagonistas de esta reflexión. Por eso me gustaría centrarme en tres aspectos esenciales de vuestras vidas que, sin duda, se han visto afectados por estas circunstancias que, parafraseando al poeta Ángel González, nos han obligado a "*vaciar el alma de ternura y llenarla de hastío, en este tiempo hostil*", si no propicio al odio, como diría él, sí a la melancolía.

Esos tres temas de los que quiero hablaros son, por este orden: el tiempo, los afectos y la libertad.

Supongo que todos recordamos que, durante el confinamiento, el tiempo pareció detenerse. No fluía. El mundo se paralizó. Y todo aquello que llenaba vuestros días, horas y minutos se desvaneció: las risas, el bullicio de los pasillos, los nervios previos a los exámenes, el aburrimiento de las clases eternas, los madrugones, los disgustos por las notas... Todo os fue arrebatado sin previo aviso y de pronto os distéis cuenta de cuánto lo echabais de menos. Incluso aquello que jurabais odiar. Entonces probablemente alguno de vosotros se acordó de Melibea. ¿A que sí? ¿Qué otra cosa podíais hacer si no? Recordad: ese personaje de *La Celestina* que muchos no soportabais por sus parlamentos pesadísimos, pero a la que de repente comprendisteis cuando, al ver muerto a su

amado Calisto (ya sabéis que este último, por muy impresentable que fuera, no dejaba de ser el amor de su vida), exclamó: *“No tengo otra lástima sino por el tiempo que perdí de no gozarlo. ¿Cómo no gocé más del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que entre mis manos tuve? ¡Oh, ingratos mortales! ¡Jamás conocéis vuestros bienes sino cuando de ellos carecéis!”*. Imagino que no hace falta decir nada más.

Estoy segura de que el tiempo "gozado" en el instituto es un tesoro que, por irrecuperable, conservaréis como lo que es: una especie de paraíso que comienza ya a tener la consistencia de los paraísos perdidos, uno más de los muchos que conformarán vuestra vida.

Con todo, eso no significa que debamos lamentarnos por su pérdida. Otra etapa se inicia, más fascinante si cabe, y hay que gozarla igual que la anterior, antes de que os la arrebaten. Os esperan grandes momentos, chicos... No puedo evitar acordarme aquí de Julio Cortázar, ese escritor que os sonará porque, entre otras cosas, escribió unos textos instructivos aparentemente absurdos, en los que nos enseñaba cómo llorar o cómo subir unas escaleras. Pues bien, en sus *“Instrucciones para dar cuerda a un reloj”*, encontramos palabras tan maravillosas como estas: *“Sujete el reloj con una mano, tome con dos dedos la llave de la cuerda, remóntela suavemente. Ahora se abre otro plazo, los árboles despliegan sus hojas, las barcas corren regatas, el tiempo como un abanico se va llenando de sí mismo y de él brotan el aire, las brisas de la tierra, el perfume del pan [...] Cada cosa que pudo alcanzarse y fue olvidada va corroyendo las venas del reloj [...] Y allá en el fondo está la muerte si no corremos y llegamos antes...”*. No olvidéis esto nunca, por favor: ahora se abre otro plazo lleno de *“cosas que pueden alcanzarse y no hay que dejar olvidadas...”* Todo debe vivirse. Y tenéis que hacerlo. Sin arrepentimientos. Estudiar, viajar, amar, leer, ligar... Todo (o casi todo) está permitido.

El segundo tema era, recordáis, los afectos, algo que también se ha visto condicionado por la pandemia, ya que, de un día para otro, nos prohibieron cualquier tipo de manifestación física del cariño o la amistad. Esto es duro para casi todo el mundo, pero adquiere tintes dramáticos para un adolescente. Sabemos lo que necesitáis la cercanía de los otros, sobre todo de los amigos. Y aunque el afecto también se transmite telemáticamente, todos somos conscientes de que no es lo mismo.

El escritor uruguayo Eduardo Galeano, en su obra *El libro de los abrazos* (el título no puede ser más elocuente y más apropiado), cuenta que, en

La Habana, llaman al amigo *mi tierra o mi sangre*; y en Caracas, el amigo es *mi pana o mi llave*; *pana por panadería, la fuente del buen pan para las hambres del alma*. Y lo de *mi llave* se lo explicó Mario Benedetti: cuando vivía en Buenos Aires, en los tiempos del terror y la persecución (suponemos que durante la dictadura), el propio Benedetti tenía siempre cinco llaves ajenas en su poder: *de cinco casas, de cinco amigos: las llaves que le salvaron la vida*.

Y digo esto porque también en estos momentos tan duros habéis caído en la cuenta de la riqueza inigualable que suponen las amistades que se hacen en el instituto. Tantos años juntos, tantas vivencias, tantas confianzas, tantos enfados, abrazos, besos... Todo hay que guardarlo con un afán desmedido, con avaricia, porque, aunque en el futuro los amigos y los amores sin duda se multiplicarán en vuestra vida, los del instituto serán insustituibles. Por ello, ahí va otro ruego: procurad no perderlos nunca. Ellos son, en efecto, como esa tierra de nuestra infancia a la que, por muy lejos que uno huya, siempre se vuelve.

Por último, os voy a hablar brevemente de la libertad, esa palabra tan grande y, desgraciadamente, tan manoseada. Es evidente que la COVID parece haber puesto al descubierto lo inmensamente necesaria que es y lo que se la añora cuando te la quitan.

Volviendo de nuevo al *Libro de los abrazos*, Galeano cuenta en otro momento la siguiente anécdota: *"Una mañana, nos regalaron un conejo de Indias. Llegó a casa enjaulado. Al mediodía, le abrí la puerta de la jaula. Volví a casa al anochecer y lo encontré tal y como lo había dejado: jaula adentro, pegado a los barrotes, temblando del susto de la libertad."* Durante todos estos años, los profesores que habéis tenido, casi me atrevería a decir si excepción, hemos intentado que este espacio fuera un lugar de libertad y de cultura, y hemos luchado por convertirnos en hombres y mujeres independientes y críticos con lo que os rodea. Ahora tenéis que demostrarnos que nuestra lucha no ha sido en vano y que jamás vais a "temblar del susto de la libertad". Huid del miedo y nunca despreciéis la cultura. Solo ella os hará realmente libres.

Muchas gracias, chicas y chicos, por la fortaleza demostrada y, sobre todo, por el tiempo compartido, por vuestro afecto sin fisuras y por vuestra libertad sin condiciones. Tened presente que lo importante siempre es el trayecto y todos los que estamos aquí ahora mismo seguimos caminando...

Me despido con la ayuda de otro poeta, Kavafis. Él dijo:

*Los días del futuro están delante de nosotros
como una hilera de velas encendidas
-velas doradas, cálidas, y vivas.*

Y yo añado: "Ojalá, de verdad, ellas iluminen con alegría vuestro camino".

¡Muchísima suerte!

Junio, 2021.